

POR LA RAZA

TRABAJO PRESENTADO AL PRIMER CONGRESO AMERICANO DEL NIÑO
REUNIDO EN BUENOS AIRES EL 6 DE JULIO DE 1916

No ha de ver la humanidad, seguramente, renovarse en toda su magnificencia la cultura helénica.

Pasaron sus armonías como un destello sublime, dejando solo el recuerdo heroico en la historia; la curva apolínea en el mármol; la forma noble en la arquitectura monumental; la donosura, la sencillez y la elegancia en el discurso; el encanto de sus concepciones; su lengua, madre de los idiomas modernos; sus enseñanzas de amor a la libertad y de fe en la razón; su alma luminosa e inmortal, reflejada como por un modelo físico, en su arte elevado, sereno, inteligente, vigoroso y fino, trasunto augusto de su vida.

En la vida contemporánea, compleja y angustiosa, no caben los pensamientos ni los gustos sencillos y dignos, necesitamos los estimulantes enérgicos, porque el agua clara y suave de la fuente primitiva impresiona débilmente el sistema nervioso agotado y maltrecho en el vertiginoso torbellino de la civilización actual. Sin embargo, más de una vez, y sobre todo en el momento presente, habrá de dirigirse los ojos con envidia y gratitud, cual a una estrella lejana — más hermosa mientras más lejana, porque obliga a erguirse para mirarla, — que se destaca entre el celaje de los siglos con aquella luz suave y viva, pura y azulada, tibia y cariñosa, que desde su Partenón soberbio, como una bendición generosa, derramó Palas sobre la Hélada.

El gimnasio — dijo Pausanias — es uno de los signos por los que se reconoce una ciudad griega; su mejor signo, añadiremos modestamente nosotros. “Era — según Taine — un gran cuadrado con pórtico y arboledas de plátanos, ordinariamente cerca de un manantial o de un río, decorado con una gran cantidad de estatuas de dioses y de atletas coronados. Tenía su jefe, sus monitores, sus repetidores especiales, su fiesta en honor de Hermes. En el intervalo de los ejercicios, los adolescentes jugaban; había numerosos asientos en torno del campo de carrera, y se iba allí a pasear, a ver los muchachos; era un lugar de conversación, y la filosofía nació allí más tarde. En esta escuela, que tiene por resultado un concurso, la emulación llega a excesos y a prodigios; se vé hombres que se ejercitan durante toda su vida. El reglamento de los juegos les obliga a jurar, al bajar a la arena, que se han ejercitado, por lo menos, diez meses seguidos, sin interrupción y con el mayor cuidado. Pero hacen más aún: su entusiasmo dura años enteros, y hasta en la edad madura, siguen un régimen, comen mucho y a ciertas horas, se endurecen los músculos por el uso de la estrigila y del agua fría, se abstienen de placeres y de excitaciones, condenándose a la continencia. De entre ellos muchos renuevan las hazañas de los héroes fabulosos, y reparad — añade Taine — que en la civilización griega estos cuerpos admirables no son unas rarezas, unos productos de lujo, y, como hoy, unas amapolas inútiles cultivadas en un campo de trigo, hay que compararlos, por el contrario, a las espigas más altas de una gran cosecha”.

Los gimnasios, sin embargo, no conducen al atletismo que es la hipertrofia grosera de algunos órganos, la deformidad chocante e impropia, la fortaleza animal que se exhibe en los circos vulgares de ahora. Esos son productos, más bien, del ejercicio en recintos confinados y de los aparatos complicados, no de la gimnasia al aire libre que acompaña a la vida sana y simple.

El griego es dibujado correctamente en todos sus miembros por igual, equilibrado, noble en su apostura, ágil en sus movi-

mientos, elegante en el conjunto y el detalle, y no menos fuerte que el atleta mismo, tanto que Milón, uno de ellos, llevaba un toro sobre sus espaldas, y asiéndose de un carro en marcha le impedía avanzar, sin que ello obstaculizara, no obstante, su vida espiritual.

Es verdaderamente lastimoso espectáculo el que nos ofrece físicamente la juventud de hoy; tan notorio, que me excusa de traer como argumentación estadísticas fatigosas. Los que por nuestra profesión nos rozamos a diario con el dolor y la miseria humanos, realmente tenemos motivos para palpar bien, con todos sus relieves, la lamentable decadencia de la salud y de la virilidad, que soportan las nuevas generaciones, sobre todo en algunos países latinos.

Pienso que ha llegado la hora de iniciar un movimiento intenso, general y científico, para prevenir los peligros a que nos llevaría la acentuación probable de esta situación. Sólo las razas de vitalidad suficiente, pueden realizar los grandes designios que conducen a la inmortalidad.

He creído, señor presidente, que con mi proposición relativa a la implantación progresiva de gimnasios públicos y del Estado, en todas las ciudades populosas, se ha de dar un paso firme para encaminar la raza por nuevas rutas. Nada más que con el gimnasio, bien pudo Aristófanes prometer al joven que siguiera sus consejos la salud perfecta y la hermosura gimnástica. "Tendrás siempre el pecho lleno, decía, las piernas grandes... Vivirás hermoso y floreciente en las palestras, irás a la academia a pasearte a la sombra de los pinos sagrados, una corona de juncos en flor sobre la cabeza, con un amigo sabio de tu edad, a placer, perfumado por el buen olor del cedro y del álamo retoñante, gozando de la hermosa primavera, cuando el plátano murmura al lado del olmo"... Ansío y espero que la juventud de mi tierra realice el ideal del gran escritor de la antigüedad clásica, y pido para ello, a esta asamblea, apruebe mi proposición primera.

II

La difusión de la instrucción pública y de la educación es, y ha sido en todos los tiempos, derecho inalienable y misión del Estado.

Las democracias actuales han culminado el concepto, sembrando a manos llenas el germen fecundo de la escuela. Pero, hasta el presente, los poderes públicos y la colectividad, el maestro mismo, han olvidado con demasiada frecuencia que existen muchos niños a quienes no es posible exigirseles el mismo trabajo mental que a la generalidad, sin haber antes transformado su estado corporal para hacerlos aptos a la asimilación de las ideas. Remorderíame la conciencia si olvidara en esta oportunidad a esa desdichada clase de niños, y ha de permitirme el congreso, abusando de su generosidad, dedicar a ellos algunas palabras.

No es raro el caso del maestro a quien sorprende que un alumno que concurría a clase diariamente y cuyo trabajo era muy satisfactorio, de repente resulta un deficiente, quedando colocado entre los últimos de la clase. El profesor lo nota distraído e inactivo, que se equivoca muy a menudo, que su pensamiento es muy fugaz; el niño se disgusta con gran facilidad, se ha vuelto obstinado, caprichoso; ha cambiado en sus sentimientos, haciéndose embustero, fantástico y cruel. Los docentes califican inmediatamente de perezosos o de desaprovechados a aquellos desdichados alumnos que, en realidad, sólo por no poder fijar sus ideas, quedaban retrasados. En lugar de cortar el mal de raíz, llamando en su ayuda al médico, agravan la penosa situación imponiéndoles castigos, privándolos de su alimentación oportuna, de sus juegos al aire libre, de sus excursiones, de sus ejercicios, de sus baños.

Padres y profesores buscan nerviosamente la causa de la crisis, y concluyen por atribuirla a la mala sociedad que rodea

al niño en la escuela, sin sospechar que el verdadero mal puede estar en una enfermedad corporal. Resulta que el daño se acrecienta, y en vez de ser dirigido el niño a un porvenir de salud y de felicidad, por ignorancia es encaminado hacia la desgracia. "Llega así el niño a ser un hombre cuya juventud no ha conocido; es una flor sin color y sin perfume, una primavera sin sol y sin flores y un pájaro sin canto", como dijo Trüper.

La ciencia ha llegado concluyentemente, sin embargo, a aconsejar hoy que, en lugar de castigar a tales niños con debilidad de la voluntad y debilidad corporal, se les coloque en aire fresco y libre, donde el sol, como la buena alimentación, y la mejor dirección mental, puedan actuar como factores curativos de importancia. Las dificultades del tratamiento, y en particular de aquellos niños cuyos padres, debido a las condiciones sociales en que viven, no pueden costear la enseñanza especial que requieren, ha llamado, por fin, en estos últimos tiempos, la atención de los poderes públicos, y entre ellos del Gobierno de Córdoba, que me honro en representar, y de la sociedad, incitándolos a contribuir al establecimiento de instituciones de organización especial destinados a la atención sistemática y científica de los pequeños defectuosos: tales como las escuelas al aire libre.

La escuela al aire libre presta servicios profilácticos considerables en relación con la transformación corporal del niño débil, y combate eficazmente la anemia, la sub-alimentación y la tuberculosis incipiente, fortifica a los predispuestos y actúa favorablemente en las enfermedades del sistema nervioso.

Es, efectivamente, admirable la obra de una larga permanencia en el aire tibio y puro, a la plena luz del sol, en estas escuelas. Los niños desarrollan sus juegos prolongados y bien reglados, alternándolos con el reposo necesario y la administración de una buena y rica alimentación.

Además de la satisfacción consiguiente por la curación de sus hijos, reportan las escuelas al aire libre otros beneficios a los padres proletarios. Casi todos ellos tienen necesidad de tra-

bajar en las fábricas, fuera de las casas, y a veces también las madres se ven obligadas a ausentarse del hogar en el día. Pueden hacerlo, entonces, sin preocupación, sabiendo que sus hijos, no solamente están bien cuidados, bien alimentados y bien vestidos, sino que, al mismo tiempo, están vigilados, se curan y aprenden. En presencia de tales ventajas no puede menos que ser muy reducido el número de padres incapaces de realizar el sacrificio de desprenderse temporariamente de sus hijos, física y moralmente débiles, para enviarlos a la escuela de que necesitan; muchas veces, aún, ayudan decididamente a estos establecimientos con pequeñas sumas de dinero, si materialmente sin importancia, por lo general, de un alto significado moral siempre.

Las escuelas al aire libre, sus factores de curación, el aire, el sol, la luz, el movimiento, la alimentación; sus resultados físicos, intelectuales, morales y sociales; el rol del médico y del maestro en la selección del niño, han sido objeto de un estudio detenido que, en mi carácter de delegado del gobierno de Córdoba, bajo la administración del doctor Ramón J. Cárcano, tuve el honor de realizar en Europa. He consignado mis vistas al respecto en un informe publicado por el Poder Ejecutivo de Córdoba, en 1914, por cuyo motivo me evito la enojosa tarea de molestar la atención de los señores congresales, entrando en detalles minuciosos.

Frente a la moral del sentimiento predicada por Tolstoy, y al rígido individualismo proclamado por Nietzsche, la ética de la solidaridad, noble como una promesa, sugestiva como una esperanza, profunda como una inspiración, afirma en la sanción colectiva su marcha triunfal.

Fluctuando ayer como un péndulo incierto, entre la doctrina y la práctica del egoísmo y la caridad temblorosa, equivocada a veces, el espíritu social se apoya en la moral de la justicia, que

la realiza: el derecho, y de la generosidad digna y proficua, que enciende en los corazones llamaradas de ideal.

En esta hora solemne y melancólica de los destinos del mundo, erijamos en nuestro blasón americano, como una cimera de gloria, nuestra voluntad de vivir, y vivir, señores, no es medrar en el crepúsculo, sino construir, afirmar, avanzar, fijar derroteros a las corrientes humanas.

Este acto responde a tal propósito. El Congreso del Niño alumbra el porvenir de la raza. Sus aspiraciones podrán parecer quimeras; serán realidades mañana. Ejecutamos una labor de reparación igualitaria, igualitaria que encumbra, no que deprime, y cumplimos el testamento de grandeza de nuestra estirpe. Cada voto de esta asamblea, pues, tiene toda la potencia de vida que la semilla en sazón. Yo voy a pedirlo para que auspicie con su autoridad prestigiosa la obra impostergable de la implantación progresiva y firme de gimnasios oficiales y públicos, y escuelas al aire libre para niños débiles. Velamos así por los destinos mismos de la raza y de la humanidad, que es cumplir un deber trascendente.

Bajo el pórtico helénico entreveo a la juventud de mañana, toda bella, toda sabia, toda fuerte, realizando en la fecunda paz la hegemonía espiritual de las grandes eras de la historia.

Conclusiones

El primer Congreso Americano del Niño, incita calurosamente a los poderes públicos para que, velando por los destinos de la raza, se implanten, progresivamente, en todas las ciudades gimnasios públicos y oficiales y escuelas al aire libre para niños débiles.

Dr. BENITO SORIA

Profesor de la Facultad de Medicina,
Delegado del Gobierno de Córdoba,
de la Facultad de Ciencias Médicas
y del Comité local